

Miguel Angel Centeno y Fernando López-Alves, eds.
*El otro espejo: Gran Teoría a través de las lentes
de América Latina*¹

Edgardo Lander, ed., *La colonialidad del saber: eurocentrismo
y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*².

.....

Göran Therborn

Estos dos libros multidisciplinarios y colectivos, completamente independientes uno del otro, pueden ser utilizados para reflexionar acerca de cada uno, así como sobre el tópico común de la relación entre la ciencia social europeo-norteamericana y la experiencia latinoamericana y, más generalmente, sobre el no-reflexivo arraigo local o regional de la mirada social. Ambos volúmenes han sido contruidos de manera interesante. El primero es realizado por especialistas latinoamericanos, todos trabajando en universidades norteamericanas -cualquiera que sea el certificado de nacimiento de los autores- y asesorando un grupo europeo o norteamericano de teóricos mayores en historia, política y teoría social, en lo relacionado a los documentos empíricos en Latinoamérica. El trabajo tiene a un gran sociólogo norteamericano

como su mentor: "Charles Tilly fue nuestra inspiración".

El título del segundo trabajo bajo revisión debe ser traducido para los no-hispanoparlantes como: *The coloniality of knowledge: Eurocentrism and Social Science*. El inspirador en este caso fue otro gran sociólogo norteamericano, Immanuel Wallerstein, quien, a través de sus libros sobre el sistema mundial y las ciencias sociales, no sólo inspiró a los autores, sino que también unificó el simposio, el congreso de ISA, realizado en Montreal, el cual es ahora elaborado en un libro. Originado en la oficina regional de la UNESCO en Caracas, cuyo director, Francisco López Segrera es un colaborador, el libro ha sido editado por CLACSO (Consejo Latino Americano de Ciencias Sociales), un cuerpo que en recientes años se ha convertido en un vigoroso motor y promotor de la comprometida investigación social en América Latina;

¹ Princeton, NJ y Oxford: Princeton University Press, 2001. 327 pp.; ISBN 0691050171 (pbk).

² Buenos Aires: CLACSO, 2000, 246 pp.; ISBN 9509231517.

esta es una pública y largamente extra-hemisférica red consolidada, con su activo nodo central en Buenos Aires.

De formas distintas, estos dos libros se refieren a algo absolutamente central para las ciencias sociales. Nuestras disciplinas fueron todas formadas en una pequeña parte del mundo, básicamente en cinco países, cuatro europeos -Inglaterra, Alemania, Francia e Italia- y uno americano, Estados Unidos. Desde esta posición estratégica hemos mirado al mundo entero, y la distribución mundial de armas ha asegurado que esta visión se convierta en norma. Pero ¿qué hemos olvidado desde nuestra extremadamente confiada distancia? Esa es la pregunta guía en “El otro espejo”. Aún más seria, podría argüirse, es la pregunta: ¿qué perdieron los colonizados observándose a través del espejo de los colonizadores? Eso es, precisamente, de lo que se trata “La colonialidad del saber”³. El trauma del último problema fue extremadamente bien formulado casi un siglo atrás, por el gran intelectual Afroamericano W. E. B. DuBois, en términos de una “doble consciencia”, citada por Walter Mignolo en el libro de Lander: “es una sensación particular, esta doble consciencia, este sentido de mirarse siempre a sí mismo a través de los ojos de otros...”.

Los estilos de los dos libros difieren en formas que uno podría esperar. “El otro espejo” refleja el profesionalismo

de las escuelas de posgrados en los Estados Unidos, mientras mantiene un lenguaje fácilmente accesible, quizás debido a su locación disciplinaria en la interfase de la historia y la ciencia social, que es otra de las características del volumen. “La colonialidad del saber”, en contraste y a pesar de tener un tercio de sus colaboradores en EE.UU., es mucho más representativo del estilo del clásico intelectual latinoamericano, el amateur y públicamente comprometido ensayo.

Pero ambos textos encuentran acuerdo en asuntos básicos, lo cual es menos esperado. La introducción por Centeno y López-Alves y el ensayo de conclusión de “La colonialidad”, por el estudioso peruano Aníbal Quijano, coincide en separar raza y colonialismo como experiencias distintivas de América Latina. Quijano desarrolla este argumento en dos importantes Tesis. Primera, que raza y categorización racial eran una invención americana, por parte de los conquistadores de América, y una parte crucial de la fábrica social americana desde entonces. Segunda, que la “colonialidad del poder” fue reproducida por las elites criollas que formaron la independiente Latinoamérica.

Quijano es un erudito y astuto estudioso, quien puede tejer un plausible y fascinante argumento. Pero aún él es bastante formado por una problemática Eurocéntrico Vs No-eurocéntrico, que

³ En castellano en el original (N del T).

pone escasa atención, o menos, a otros mundos No-europeos. Por ejemplo, aunque la distinción China entre blanco y Negro asegura o no la tesis de Quijano, que nunca podrá ser erigida. Tampoco está, en todo el volumen de Lander ninguna discusión comparativa sobre el colonialismo en América Latina, en una mano, y en la otra, en Asia y África, aún cuando una corriente de conciencia literaria de “estudios post-coloniales” es a menudo manifestada. Los latinoamericanos pueden, además, ser desvergonzadamente Americo-céntricos. El filósofo Argentino-Mexicano, Enrique Dussel, por ejemplo, es un ferviente abogado de la modernidad como una invención Hispano-Americana. “La conquista de México fue el primer *ámbito*⁴ del ego moderno”. Mucho menos interesantes y osadas declaraciones se han hecho acerca de la modernidad, como una musa de poderosa atracción, negativa o positiva, para hombres de grandes palabras, pero uno no puede evitar olvidar un serio compromiso con los historiadores, como John Eliot (1970) Anthony Pagden (1995), sobre el papel de los americanos en el desarrollo del pensamiento moderno.

De cualquier manera, el punto principal de “La colonialidad del Saber” consiste en cuestionar la solipsista concepción europea de la modernidad como la norma de una historia universal. Tal punto está dirigido y da justo en el corazón de la clásica ciencia social europea. Después de todo, fue uno de

los últimos, más brillantes y venerados profesionales, quien escribió, sólo con la ligera burla de la propia ironía: “...en la civilización occidental, y sólo en la civilización occidental, los fenómenos culturales parecen (como nos gusta pensar) yacer en una línea de desarrollo, teniendo significancia y valor universal”⁵.

Al final, la discusión de López Segrera sobre la contribución de Latinoamérica a las ciencias sociales cae en una larga lista de invitados de honor en un *coktail* diplomático, pero antes de que él trace, en forma de “axiomas”, lo que considera los hallazgos claves de las ciencias sociales latinoamericanas. Estos cuatro axiomas, probablemente, no comandarán un consenso universal en el sub-continente, y muchos podrán objetar a sus llamados “axiomas” (término prestado de la Dirección Presidencial de Wallerstein en Montreal), pero éstos, ciertamente representan una corriente entre los científicos sociales en América Latina. Ellos connotan un buen acuerdo de la especificidad de la academia latinoamericana. Dichos “axiomas” son: capitalismo colonial, adelantado por Sergio Bagú; la distinción Centro-periferia, desarrollada por Raúl Prebisch; Sub-imperialismo, por Rui Mauro Marini; y Dependencia, como cuarto, a cargo de Theotonio dos Santos. Los cuatro conceptos tratan críticamente con la especificidad de las relaciones internacionales del capitalismo latinoamericano comparado con occidente

⁴ Ibidem.

⁵ En cursiva en el original (N del T).

y con Norte América, y conduce el “espíritu de combate”⁶ de los académicos Latinoamericanos. El autor mismo da a entender, como sea, que la influencia de estas conceptualizaciones ha declinado, refiriéndose al neoliberalismo y el posmodernismo como las “influencias teóricas predominantes” de las ciencias sociales en América Latina hoy en día.

Otros colaboradores para “La colonialidad” incluido el editor, Edgardo Lander, en el tema principal, se aproximan filosóficamente, Walter D. Mignolo en el “hemisferio occidental” y la doble consciencia de los criollos; Fernando Coronil sobre la globalización neoliberal como el sucesor del eurocentrismo; Arturo Escobar sobre lugar, conocimiento local y “post-desarrollo”; Santiago Castro-Gómez en la relación entre modernidad y colonialismo, y Alejandro Moreno sobre exclusión social.

Los teóricos con los que se relaciona “El otro espejo” cubren tres campos de acción: desarrollo económico, democracia y formación del estado y un tercero que los editores llaman Viviendo y Perteneciendo, pero que puede ser etiquetado como formación del sujeto. Como todos los volúmenes editados, incluso unos programáticos, por estudiosos independientes, las colaboraciones no siguen siempre el mismo formato. En este caso, un par son más exhortadores que críticos, arguyendo que los latinoamericanistas deberían tomar, dice Alexander Gerschenkron (1962) sobre las (potenciales) ventajas del

atraso -poca importancia se ha dado a la dificultad de discernir ninguna de tales ventajas en las economías latinoamericanas- o Karl Polanyi (1944) sobre las economías arraigadas.

Verónica Montesinos y John Markoff toman una ruta diferente cuando miran la historia del cambio de las ideas económicas en Latinoamérica y, en particular, en el enormemente crecido poder en América Latina, así como en el resto del mundo, de los economistas entrenados en EE.UU. Quizás, López Segre no está tan seguro del argumento contenido en La Colonialidad, respecto a que las cuatro mayores contribuciones de los estudiosos de América Latina al mundo de las ciencias sociales fueron cuatro nociones de desarrollo económico, y encontrará explicación por parte de Montesinos y Markoff: “...si existe una región en donde la economía puede ser tenida como responsable para todos los grandes reveses y giros políticos en el siglo XX, esa sería América Latina”.

En la sección de Estado, Alan Knights nos brinda una batalladora y corta historia del Estado mexicano en el siglo XX, inspirada, pero duramente discutida, por la visión de Tilly sobre el Estado como un tinglado de protección. Robert Levine provee un simpático obituario del jesuita y radical antropólogo francés, Michel de Certeau, sin que el lector sea capaz, realmente, de aprehender lo que el análisis del discurso de Certeau trae para los estudios latinoamericanos,

⁶ *Ibidem*.

aparte de su apoyo a la resistencia popular, incluidos los “Mártires de la Guerrilla”.

Seis de las siete contribuciones individuales directamente dirigen la tarea del libro. Jeremy Adelman continúa el guión colectivo de discutir los pros y contras de la aproximación de los derechos de propiedad de Douglas North (y otros) a la historia económica. Él encuentra esto último, en muchas maneras iluminante, pero falla en tener en cuenta cómo los derechos vienen de las relaciones y la decisiva importancia de los conflictos distribucionales en la formación de la evolución de las instituciones. En otras palabras, los fracturados sistemas de gobierno y sociedades en América Latina apoyan cualquier interpretación *Whig* del desarrollo institucional. En la otra mano, Adelman señala que una aproximación institucional puede impedir el formalismo legal, y la historia constitucional ser más abierta a las contingentes, a menudo, consecuencias de la construcción, no deliberada, de reglas.

Fernando López-Alves se muestra más interesado en mirar hacia la forma latinoamericana de la formación del estado, principalmente en el Río de la Plata, una mirada desde los lentes de Tilly, sobre la formación del estado a través de la guerra y en varias combinaciones del capital y coerción, en lugar de otras formas posibles. Su

artículo no es exhortador, sin embargo, aunque sí es analítico, aplicando la concepción de un bosquejo analítico, enfocándose en la ausencia o la debilidad de un ejército con profesionales enlistados, de un sistema central de imposición tributaria, y sobre todo en la rareza de las guerras interestatales en la construcción del Estado latinoamericano. Por estas y otras diferencias, ninguno de los tres grandes patrones de Tilly sobre la formación del Estado europeo se aplican perfectamente para el caso latinoamericano.

Al trabajo de Samuel P. Huntington, principalmente a su *Political Order in Changing Societies* (1968) pero también, como contrapunto, *The Soldier and the State* (1957), se le ha dado una animada e inspiradora lectura por parte de Jorge Domínguez, quien encuentra distintos huntingtons: Un marxista en conflicto social, un leninista en la importancia del partido revolucionario y un fabiano, dejando en evidencia la rareza del cambio social. Por toda su admiración, Domínguez no deja de ser crítico pero no utiliza completamente su oportunidad para relacionar y comparar el sistema de partidos latinoamericanos y sus trayectorias con el análisis hecho por Huntington una generación atrás.

El trabajo *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, de Barrington Moore (1966), es la única “Gran Teoría” sujeta a un vigoroso ataque crítico, por J. Samuel Valenzuela, viniendo a sostener

⁷ Living and Belonging (N del T).

una detallada investigación dentro de la historia política de Chile. Mientras sea interesante y penetrante en los principales deslices de crítica teórica, porque el autor oscila hacia atrás y hacia delante en su objetivo, algunas veces apuntando directamente a Moore, y otras apuntando, principalmente, hacia otros autores, más desde un molde marxista, y porque su más fuerte carta analítica es mostrada sólo al final, sin ninguna discusión sostenida sobre su relación con Moore. El principal argumento empírico de Valenzuela es que el Partido Conservador Chileno, un partido liderado por los ricos terratenientes, jugó un rol fundamental en un momento crucial del desarrollo inicial de la democracia en Chile, proponiendo una ley de voto secreto, en efecto desde 1894. Así como el mismo Valenzuela presenta la temprana y fuerte comercialización de la elite terrateniente chilena, y apunta a la relativa libertad del campesinado chileno, en comparación con sus equivalentes del *ancien regime* francés, está lejos de lo obvio, cómo esto podría permitir una refutación de la tesis de Moore sobre un patrón de desarrollo con alguna similitudes al Inglés.

Al final Valenzuela propone el abandono de una estructura analítica de clase, por un más fino y detallado análisis contextual de actores y sus motivos, citando la división secularistas, católicos en Chile, como un ejemplo. Mientras este último acercamiento tiende a proveer una más adecuada historia del evento, las dos estructuras no están necesariamente operando en el mismo

campo con el mismo propósito de inteligibilidad y propósito explicatorio. Moore puede estar mal, pero aquí no es refutado, y Valenzuela es bastante circunspecto hacia otros casos latinoamericanos que parecen amoldarse mejor dentro de la perspectiva de Moore.

Desde el punto de vista de la historia comparativa de la democracia, la elección de Valenzuela por el voto secreto, i.e. elecciones efectivas -ni las elecciones regulares ni las francesas- como un momento clave, pertenece a un largo patrón de democracia en América desde Argentina, donde una ley similar declarada en 1912, y la conquista de 1960 por los negros en el Sur de Estados Unidos, por derecho a ejercitar su derecho al voto. La gran revolución mejicana comenzó bajo el grito de “Sufragio Efectivo y No Reección”. Esto apunta hacia diferentes relaciones de la modernidad y la democracia desde los patrones expuestos en el clásico de Moore, una posibilidad sólo insinuada muy vagamente por Valenzuela.

El trabajo *Imagined Communities* de Benedict Anderson (1983) -junto con la más específica teoría del Capitalismo Dependiente- es quizás la única teoría social general moderna con la cual la historia de Latinoamérica provee cruciales bloques analíticos, contrastando la anterior con las concepciones Europeas de nacionalismo, como ligado a lenguaje y movilización de las clases populares. Como tal, éste es ejemplar en su trascendencia del Eurocentrismo.

Claudio Blomnitz no da ningún crédito a Anderson por esto; de cualquier manera, él no menciona la parte específica de Latinoamérica en la construcción que Anderson hace de su argumento, contra la mejor sabiduría europea del momento. No es este un artículo de revisión hostil, pero hasta cierto punto es una crítica conceptual un poco punzante, que podría mejor haber sido presentada como una especificación suplementaria de rasgos especiales de nociones de Nación de América Hispana, y de la operación de comunidades imaginadas (*Imagined Communities*), en lugar de ser presentada como una crítica comprensiva. De la anterior lo más importante es que Lomnitz hace énfasis en la raza, que aún tienen importantes y a menudo positivas connotaciones en el Nacionalismo Hispánico. Por ejemplo, al menos hasta el surgimiento de las protestas indigenistas contra la celebración de la conquista (cerca de 1992), el día de Colón fue festejado como el día de la Raza. En lo que se refiere a las comunidades imaginadas, el énfasis que Lomnitz hace sobre la

existencia de lazos de dependencia, tan bueno como las fraternidades imaginadas, es claramente no-incorrecto.

Como aún los no-latinoamericanistas sospecharían, la modernidad en Latinoamérica no se caracteriza por mucha disciplina. Eso puede ser un dedo en contra de los devotos de Michel Foucault y otros disciplinarios de la modernidad, pero para el resto puede ser tomado como sentido común. Miguel Angel Centeno permanece seguro dentro del campo del sentido común que, por supuesto, es preferible a muchos pasos afuera de este.

Los dos libros bajo revisión tocan por encima temas muy importantes para los científicos sociales, para historiadores, y, en particular en “La Colonialidad”, filósofos sociales. Ambos contienen perceptivos análisis y profundizaciones pertinentes, pero ninguno si quiera trae lo que promete. Hay mucho espacio, y mucho interés esperando intentos que lleguen más lejos.

Göran Therborn

Director del Colegio Sueco para el Estudio Avanzado en las
Ciencias Sociales en Uppsala.